

**EL NACIONALISMO VASCO:
MITOS, CONMEMORACIONES
Y LUGARES DE LA MEMORIA**

Javier Ugarte (coord.)

La importancia de llamarse Unax. Arana, Campi3n y los signos externos del vasco

INAKI IRIARTE L3PEZ
EHU/UPV

HAN transcurrido algo m3s de 110 a3os desde que Arana fundara el Partido Nacionalista Vasco y las cuestiones del alcance actual de su 3xito y de la continuaci3n o ruptura respecto a su doctrina originaria constituyen temas tan interesantes como complejos.

Por un lado se dir3a que, sin haber obtenido una verdadera hegemon3a sobre la sociedad vasca, el nacionalismo se ha erigido en el discurso dominante en aqu3lla o, cuando menos, en su principal referente pol3tico. Desde 1979 el PNV ha permanecido en el poder en la Comunidad Aut3noma Vasca (CAV) y conseguido en las diversas contiendas electorales porcentajes de voto que oscilan entre el 22 y el 42 por 100 (sobre los votos emitidos). Si a sus votos se suman los logrados por sus actuales socios de EA y la llamada izquierda *abertzale* resulta que en las 3ltimas citas electorales el nacionalismo ha reunido las lealtades de aproximadamente uno de cada dos votantes de la CAV que ejercieron su derecho.

Las cosas se complican cuando tenemos en cuenta que el voto electoral no siempre expresa una adhesi3n 3ntegra a las ideas de los partidos cuya papeleta se escoge. Seg3n la mayor3a de las encuestas de opini3n, s3lo entre un 20 y un 37 por 100 de los vascos se decantar3a por la independencia. Si acept3ramos —lo cual no deja de ser discutible— que esta opini3n expresa el paradigma de la condici3n de nacionalista tendr3amos un porcentaje de *abertzales* sensiblemente inferior al de votantes de partidos nacionalistas. No obstante, cuando atendemos al n3mero de ciudadanos vascos que defiende el derecho de autodeterminaci3n —una reclamaci3n central del nacionalismo— nos encontrar3amos con porcentajes que ir3an desde algo m3s del 50 por 100 al 74 por 100¹.

¹ Tomo estos datos de los diversos «Euskobar3metros» realizados en los 3ltimos a3os.

Todos estos datos dificultan una evaluación segura del peso del nacionalismo en la Comunidad Autónoma Vasca, pero sí avalan lo que a estas alturas puede parecer una perogrullada: que su éxito, sin ser apabullante, lo sitúa como uno de los movimientos nacionalistas más importantes del mundo occidental.

Ahora bien, si nos atenemos a las claves de la doctrina de Sabino Arana y tratamos de valorar su pervivencia en la sociedad vasca contemporánea, esa primera impresión de éxito queda notablemente atenuada. Arana es, por encima de todo, un fanático católico y un racista convencido. Su ideal, durante la mayor parte de su trayectoria política, se cifra en consagrar a Dios un pueblo vasco puro, virginal, rigurosamente aislado de la impía ralea *maketa*, por medio de una organización confederal de los siete territorios que lo componen, gobernados a su vez conforme a las «leyes viejas» (*lege zaharrak*) peculiares de cada uno.

La cuestión de la territorialidad plantea ya una objeción importante al aparente éxito del nacionalismo vasco. Porque de las siete provincias elegidas por Arana, sólo en dos de ellas (Vizcaya y Guipúzcoa) la suma de votos nacionalistas supera la barrera del 50 por 100. En Navarra, «madre de Euskal Herria» de acuerdo al discurso nacionalista, las fuerzas *abertzales* han venido obteniendo porcentajes de voto nada despreciables, aunque claramente minoritarios (en torno al 15-20 por 100), mientras que en el País Vasco francés (*Iparralde*) han debido conformarse con resultados francamente modestos (inferiores al 10 por 100).

Pero incluso dejando de lado el limitado alcance territorial del éxito nacionalista y centrándonos en la ideología de Arana, la cuestión de su calado en la sociedad vasca contemporánea continúa siendo dudosa. Ni ésta, en general, ni los votantes nacionalistas, en particular, destacan por su ortodoxia católica. Más bien al contrario: la CAV estaría junto a Cataluña y Madrid entre las autonomías con menos católicos y menor asistencia dominical a misa. Respecto al racismo todavía pueden, sin duda, encontrarse —y sin excesiva dificultad— cándidos creyentes en la pureza, originalidad y superioridad de la raza euzkadiana, pero con seguridad no constituyen un porcentaje apreciable. De hecho un nacionalista de principios del xx, pongamos por caso un Evangelista de Ibero, autor del célebre *Ami vasco*, se escandalizaría no sólo del tibio catolicismo de los vascos de hoy, sino también de la facilidad con que muchos inmigrantes y descendientes de inmigrantes al País Vasco se han asumido como nacionalistas.

Un nacionalista tal encontraría, además, del todo sorprendente la escasa cualidad para ser citado que el «maestro» Sabino Arana

tiene en el actual discurso nacionalista. Hay, es verdad, una *Sabin-Etxea*, una Fundación Sabino Arana y algún que otro retrato del «Fundador» en cada *batzoki*. Pero, por lo general, desde el propio nacionalismo se procura no airear demasiado sus escritos, sobre todo en lo que atañe a sus peculiares afirmaciones raciales. Así las cosas, ¿puede decirse verdaderamente que el mensaje de Arana ha tenido éxito o más bien habrá que concluir que, en el fondo, ha fracasado? Los nacionalistas de hoy en día ¿beben de su doctrina o lo hacen más bien de otros manantiales que, la mayoría de ellos, ni siquiera conoce?

EL NO-PAÍS DE LOS VASCOS

En 1867, cuando Arana apenas había cumplido los dos años de edad, un geógrafo anarquista, Elisée Reclus, publicó en la *Revue des deux mondes* un artículo de título muy expresivo: «Les basques sont un peuple qui s'en va»². En él, además de repasar algunas de las teorías relativas al origen de los vascos, diagnosticaba el triste destino de un grupo condenado por el progreso a una «próxima desaparición». Esta previsión puede resultar hoy entre alarmista y paranoica. En la España actual lo vasco es un referente constante, y muy a menudo polémico, de la vida política. Hay un Gobierno *vasco*, un Parlamento *vasco*, unos partidos *vascos*, una Comunidad Autónoma *Vasca*, un terrorismo *vasco*, una patronal y unos sindicatos *vascos*, un buen número de movimientos cívicos (e incívicos) *vascos*, etc. Lo vasco aparece prácticamente a diario en los medios de comunicación. Es cierto que como referente identitario continúa careciendo de un contenido preciso (principalmente, por el problema de los vascos que habitan más allá de la CAV). Pero, en cualquier caso, parece detentar una gran fortaleza y, no en vano, los vascos son percibidos en el resto de España como un colectivo marcadamente orgulloso de su identidad.

Con todo, si se realiza un esfuerzo para situar y enfocar correctamente la predicción de Reclus, cabe comprender que en su momento expresaba una posibilidad perfectamente real. Los vascos podían irse porque, de hecho, «lo vasco» constituía todavía un referente vago y poco asentado, precario, que podía literalmente desaparecer.

² Cito a través de su traducción al castellano: Eliseo Reclus, «Los vascos. Un pueblo que se va», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, tomo XX, 1929, págs. 57-83.

En efecto, para mediados del XIX el país de los vascos no existe. Reclus, cuyas simpatías hacia los mismos son visibles, advierte que el territorio donde habitan es confuso y que a la vista de aquéllos «se diría no ver en ellos sino a aldeanos franceses o españoles que guardan aún unos usos y jergas provinciales». Es verdad que en 1863 el Príncipe Luis Luciano Bonaparte había publicado un mapa de las «sept provinces basques» y que en algunos ambientes literarios la idea de un pueblo vasco a ambos lados del Pirineo se va abriendo paso. Pero todavía no existe ningún ente político-institucional que se llame vasco. De hecho, no lo ha habido desde el ducado de Vasconia en el siglo IX y aún esto último sería bastante discutible. Tampoco hay un territorio definido, de contornos claros, reconocidos por sus propios integrantes. Los vascos carecen también de historia, dado que —de nuevo con algunas excepciones como Ohienart y Zamacola— están faltos de una historiografía que los tome como sujetos. Hay historias de Navarra, de Guipúzcoa, etc., pero la idea de una historia común a todos los territorios continúa resultando extraña. Lo mismo puede decirse de la geografía o de la etnografía. Ningún *saber* ha señalado a los vascos como un referente objetivo, bien definido, acotado. Está su lengua, es cierto, el euskera, que desde el siglo XVIII ha sido objeto de apologías por los Larramendi, Astarloa, Erro, etc. Es, sin duda, el signo más claro para reconocer la *realidad* de un pueblo vasco. Pero todavía es un conjunto fragmentado de dialectos, a menudo incomprensibles entre sí, sin un vocabulario mínimamente definido. Hay diccionarios y gramáticas de algunos de estos dialectos, pero no un estudio sistemático del conjunto. Además, esa lengua desaparece rápidamente, cada vez tiene menos hablantes, es minoritaria en ciudades como Bilbao, Pamplona, Vitoria y Bayona. Diversos testimonios muestran que la mayoría de sus hablantes le muestra muy poco aprecio. Muchos juzgan, incluso entre sus defensores, que puede desaparecer en unas pocas décadas. Y entonces, ¿qué hará a los vascos *vascos*? Paralelamente, la emigración, provocada por las guerras y la pobreza, está vaciando el territorio lingüístico vasco, de manera que, en palabras de Reclus, «pronto o tarde todas las regiones euskaras de las dos vertientes [...] pertenecerán a los extranjeros».

Entre los propios interesados, los *vascos*, éste es un gentilicio no del todo desconocido, pero vago y difuso. Los habitantes de Guipúzcoa, Álava y Vizcaya se llaman y son llamados preferentemente vascongados, a menudo por detrás de los gentilicios de cada provincia. Los de Navarra son denominados usualmente navarros. Los *basques*, por último, son los habitantes de una zona imprecisa del sur de Francia. A mediados del XIX es dudoso qué une a todos estos

colectivos. Todos los vascohablantes se designan como *euskaldunes* (aunque, dependiendo del dialecto, lo hagan como *euskeldunes*, *üskaldunes* o *eskualdunes*), pero acaso por el propio menosprecio hacia su lengua, acaso por la división dialectal de ésta, nada prueba una conciencia étnica definida detrás de esa denominación. Es cierto que ya en 1643 Axular había definido sobre la base del idioma una Euskal Herria con siete territorios. Pero la invención —o lo que fuera— tiene una difusión muy limitada. Prueba de ello es que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX los promotores del primer «Renacimiento vasco» se devanan los sesos para nombrar «el país de los vascos»: Euskaria, Euskererria, País Vasco-Navarro, Vasconia, Euzkadi.

Sólo entre los habitantes de las tres provincias vascongadas parece existir un sentimiento concreto de algún tipo de vínculo entre ellos. A este respecto, el lema del «*irurak bat*», que invita a la unión de las tres Provincias Vascongadas ha ido ganando adeptos. Para cuando Reclus escribe acaba de acuñarse —en 1866— otro lema, el «*laurak bat*», que incluye a Navarra. Pero ha producido extrañeza, sorpresa y oposición³. Respecto a la conciencia de una identidad común con los *basques* allende los Pirineos, el testimonio poco sospechoso de Campión refiere cómo la idea provocaba en Navarra —el territorio peninsular con más vínculos históricos y lingüísticos con aquéllos— incredulidad y sonrisas desdeñosas⁴.

Para cuando se publica el referido artículo en la *Revue des deux mondes*, es habitual (aunque no general) reputar a los vascos la condición de constituir uno de los pueblos más viejos del mundo. Pero, en realidad, los testimonios sobre su antigüedad escasean. De hecho, el País Vasco está prácticamente *vacío* de testimonios sobre su pasado *como vasco*. Sin duda es una consecuencia de la citada ausencia de una historiografía propia. Pero lo cierto es que un turista que, como el Mañé y Flaquer del *Viaje al País de los Fueros* (1878), se dispusiera a visitar los lugares históricos del pueblo vasco, tendría que encargarse personalmente de apellidarlos como tales. Se da, además, la circunstancia de que, las pruebas que permiten atribuir a los vascos un pasado prehistórico son muy escasas. Significativamente, cuando Iturralde lleva a cabo el descubrimiento en la sierra de Aralar de una serie de monumentos megalíticos, se saluda su hallazgo diciendo que, por fin, queda probada, al margen del eus-

³ Ángel García-Sanz, Iñaki Iriarte, Fernando Mikelarena, *Historia del navarrismo (1841-1936)*. *Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona, 2002, págs. 145-149.

⁴ Arturo Campión, «Prólogo», en Juan Iturralde, *Obras de*, Pamplona, 1912, pág. LXV.

kara, la antigüedad de los vascos⁵. Se comprende, así, la amarga reflexión de Campión: «Da grima que el pueblo más antiguo de nuestro continente posea la historia más moderna»⁶.

En definitiva, para cuando Reclus formula su predicción, lo que hoy puede parecer un hecho incontestable, que hay vascos, que están allí, en su país, que constituyen un sujeto claro y consistente es profundamente problemático. Sin territorio, sin pasado, sin memoria, sin testimonios, no es descabellado que lleguen a desaparecer. Con ellos podría pasar como con los godos, los iberos o, por poner un ejemplo más reciente, los masurios, que la historia los engullera y que, de este modo, los futuros habitantes de Bilbao o Irún no se tuvieran por vascos o incluso desconocieran que su tierra estuvo poblada por éstos.

CAMPIÓN Y LOS LUGARES DEL SER VASCO

La idea de que los vascos desaparecían, de que su forma de vida, su lengua, sus costumbres, etc., tenían los días contados sería ampliamente compartida por el exiguo número de impulsores de la Asociación Euskara de Navarra. Esta, creada en 1878, se propone como objetivo preferente la conservación y propagación del vascuence, «que eminencias del saber estudian hoy con afán en toda Europa y sería vergonzoso que [...] dejáramos nosotros olvidar»⁷. Además, la Asociación reclama la necesidad de impulsar «el cultivo de la literatura vascongada, hoy olvidada o desconocida; el de la gloriosa historia del país vasco-navarro [...], la conservación de esas patriarcales costumbres y usos antiquísimos que, todavía, se abrigan en el santuario de nuestros hogares, y el estudio de las sabias leyes de esta noble tierra».

El que sin duda es el miembro más destacable e intelectualmente más capaz de la Asociación Euskara, Arturo Campión, vuelve en sus escritos una y otra vez sobre la agónica situación de los vascos. Para él, tanto Euskal Herria, como Navarra, su cuna, están en ruinas. Lo están los monumentos, legados por sus ancestros, lo están sus fueros, sus bosques, sus caseríos y sus pueblos, sus danzas y sus leyendas. Lo está también su ancestral lengua. Pues bien, a su

⁵ Cfr. Iñaki Iriarte, *Tramas de identidad. Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Madrid, 2000, págs. 59 y sigs.

⁶ Iriarte, *Tramas*, pág. 87.

⁷ «Programa», *Revista Euskara*, I, 1878, pág. 4.

modo de ver, todas estas ruinas, las arquitectónicas como las simbólicas, visualizan el pecado cardinal de Vasconia: el olvido. Como escribiría uno de sus compañeros de la Euskara, Hermilio de Olóriz, «la hermosa cadena de la tradición» se había roto, «nuestros contemporáneos habíanse olvidado del pasado»⁸.

Campión confirma este veredicto: los vascos sufren una *amnesia culpable*. De su lengua, de las glorias de sus ancestros, de sus usos y fueros, de su ser y su personalidad histórica. Para él, ser es haber sido, la fuente de la identidad está en el pasado y quien deja de recordar la pierde. El que descuidó su ayer será irremediamente olvidado por el mañana. Por esta razón, ese riesgo de que los vascos desaparezcan les parece a él y a sus compañeros euskaros algo más que una hipótesis literaria, especialmente en lo que atañe al caso concreto de los navarros: «Dentro de un siglo, de seguir las cosas el camino que traen [...], destetados de su idioma nativo y transformados en sus costumbres, habrán perdido su naturaleza euskara y serán otros tantos miles de aragoneses o castellanos.»⁹

«El último tamborilero de Erraondo»¹⁰ es uno de esos escritos donde Campión expresa más abiertamente sus temores a que lo vasco pueda literalmente extinguirse. Para ello nos relata la ficción de un anciano que regresa a su pueblo, situado en la zona media de Navarra, después de cincuenta años de estancia en América. Se encuentra con que las costumbres, las ropas de la gente, el paisaje incluso, todo ha cambiado. Nadie habla ya la lengua vasca, con la excepción de unos pocos ancianos, nadie recuerda ya que allí hubo vascos. El anciano sale de su pueblo entristecido. En el camino encuentra un roble solitario. «Eres como yo —le dice—: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré, y entonces ni aún el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. Oh miseria de todas las miserias: ni aún el recuerdo»¹¹.

Veinte años más viejo que Arana, Campión sustenta como él un férreo integrismo católico y un antiliberalismo radical. Sin embargo, y aunque los toques xenófobos y racistas no escasean en su producción literaria, comparado con el fundador del PNV, su idea de la raza vasca es mucho menos intransigente. En concreto, Campión

⁸ Hermilio de Olóriz, *La cuestión foral*, Pamplona, 1895, pág. 7.

⁹ Arturo Campión, *Euskariana (Algo de Historia). Cuarta serie*, Pamplona, 1904, pág. 28.

¹⁰ Arturo Campión, «El último tamborilero de Erraondo», en *Obras Completas de Arturo Campión, II. Fantasía y realidad*, Pamplona, 1983, págs. 79-89.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 89.

asumió el vascoiberismo por lo menos hasta 1895. Pero a partir de entonces, las críticas hacia el mismo y las dificultades de antropólogos como Aranzadi para caracterizar físicamente una raza vasca, le hicieron dudar acerca de la posibilidad de una definición unívoca del concepto raza. Entonces dejó de lado la preocupación por los datos craneométricos y pasó a incidir en el «genio» que distinguiría cada raza —si bien afirmó peregrinamente que dicho genio moldearía el cráneo de los recién nacidos—. Pese a ello, lo cierto es que el conjunto de su obra concede una relevancia mucho mayor a los aspectos culturales, y en especial al euskera, que a los raciales¹². Esto supone, entre otras cosas, que Campián, como los demás euskaros, ligue la supervivencia del pueblo vasco no al mantenimiento de la pureza racial, sino a una serie de lugares y signos externos, como el propio vascuence —que por sí sólo garantizaría su integridad moral—, los edificios medievales, los monumentos megalíticos, el folclore, los fueros, los bosques, los caseríos, etc. En último extremo, todo aquello que pueda remitir a un tiempo en que los vascos «no se iban» será señalado como manifestación de su independencia y singularidad, un testigo de su pasado y la esencia de su personalidad¹³. La lengua vasca ocupará, no obstante, un lugar preeminente en el imaginario campionario, siendo calificada como la «nota más profunda, calificativa y patente de la personalidad vasca»¹⁴.

Señalar toda una serie de lugares y realidades como expresiones referenciales del ser vasco tiene una importancia cardinal. Merced a esa maniobra, de pronto, los vascos ese pueblo que se iba, que se hacía invisible, va a manifestarse y a conquistar un espacio propio. Va a contar con la evidencia de una serie de marchamos, gracias a los cuales cabrá ubicarlo con una precisión antes inimaginada, tanto en lo geográfico y lo jurídico, como en lo histórico y lo etnográfico. Es indudable que esto no solventa el problema de su pervivencia, porque tales lugares están también en retroceso, esto es, en ruinas. Pero, al menos, a partir de este momento los vascos ya no correrán el riesgo de esfumarse de la historia sin dejar rastro. Quien quiera

¹² Esto se relaciona verosímelmente con el hecho de que Campián (Jaimebón de segundo) tuviera un escaso pedigrí racial como vasco desde el punto de vista arriano.

¹³ Iñaki Iriarte, «La lengua, los bosques, las casas y las leyes. Un caso de homotimia en la cultura política navarra», en *Mito y realidad en la Historia de Navarra. Actas del IV Congreso de Historia de Navarra*, vol II, Pamplona, 1998, págs. 55-66.

¹⁴ Arturo Campián, *Euskariana. Octava serie. Orígenes del pueblo euskeldún (Iberos, Keltas y Baskos)*. *Testimonios de la Antropología, Etnografía, Etnología y Arqueología*, Pamplona, 1927, págs. 3-4.

encontrarlos podrá hacerlo en los caseríos y los bosques, en los frontones y las romerías, entre pastores y pescadores. Quien desee saber de ellos en un futuro tendrá a dónde dirigirse.

Consciente de que los vascos carecen de historia, Campión toma sobre sí la tarea de proporcionársela. Para ello lleva a cabo una vasta reinterpretación de la historia de Navarra en clave vasca. Los vascos ganan con ello un Estado, una dinastía, una trayectoria histórica, un medievo, etc.

De este modo, Campión y sus compañeros euskaros, a los que hay que sumar el fuerismo vascongado (los Sagarminaga, Trueba, etc.), componen un país inédito e imaginario (i.e., *hecho de imágenes*); lo dotan de un pasado, lo ubican en unos lugares físicos y simbólicos, le añaden un folklore, un derecho, etc. Rehacen también la geografía¹⁵, con referencias que a menudo no figuran en los mapas corrientes. Bilbao o Pamplona ya no serán los núcleos más importantes de los vascos. Una aldea diminuta del Goierri tendrá una importancia simbólica mucho mayor que esas ciudades castellanizadas, aunque su población no llegue a una centésima parte de la de aquéllas. Lo verdaderamente valioso no estará en las industrias, en los ferrocarriles, en los ambientes urbanos, en ese nuevo mundo extraño a la cultura tradicional vasca que se impone sin que nada pueda detenerlo. Las esencias, al contrario, se custodian en rincones olvidados, en humildes casas, entre los robles, en la soledad de las cumbres. Todo esto, en definitiva, sugiere una perspectiva similar a la de la caverna de Platón: el mundo cotidiano de los vascos no es su verdadero hogar; nuestra casa, nuestra verdad como vascos está en otra parte.

Es particularmente interesante advertir cómo los lugares físicos y simbólicos que ubican a los vascos en el mundo resultan en buena medida intercambiables. Todos —el euskera, los fueros, los bosques, los caseríos— han sido legados por los ancestros a las generaciones futuras. Todos los rememoran, los hacen presentes, les devuelven a la vida por la mediación de nuestra piedad. Pero, por ese olvido culpable antes mencionado, todos están en ruinas y agonizan. Todos también son la base de una moralidad envidiable, que distingue a los vascos de los demás españoles, durante siglos todos han protegido a los primeros de las nocivas influencias foráneas. Todos acusan al presente por su indiferencia hacia el pasado, a la vez que le apremian al arrepentimiento y la reconstrucción. Significativamente, todos esos lugares son calificados de «oráculos», «tes-

¹⁵ Cfr. Julio Altadill, *Geografía general del País Vasco-Navarro*, Barcelona, sf.

timonios», «valladar». Lo primero porque su historia, su decadencia, simboliza y resume la de los vascos. Testimonio porque dan fe de la existencia en el tiempo de aquéllos. Y valladar porque, hasta su derrumbe, han sido frontera, que cercaba y distinguía a los nativos de los extraños.

Aunque Campi3n insiste en el peligro real de que lo vasco desaparezca, obviamente cree tambi3n en que existe alguna esperanza de salvaci3n. Al fin y al cabo, escribe, son «tantos y tantos los pueblos salvados del olvido»¹⁶. Tambi3n los vascos podr3n despertar y recuperar la memoria.

En la mentalidad euskara esa posibilidad va a pasar primordialmente por la restauraci3n de aquellos lugares que encarnan lo vasco. Devolver a los fueros su integridad, recuperar la lengua, reedificar las viejas ruinas, restituir el recuerdo de glorias pret3ritas. Los vascos reafirmar3n de este modo y paulatinamente un espacio propio y, con ello, su lugar en el mundo y su futuro. Habr3n recordado y el recuerdo asegurar3 su supervivencia como colectivo. Podr3n seguir siendo, porque han rememorado lo que fueron. Si, en cambio, desaparecen esos lugares —la lengua, los fueros, los monumentos medievales, los bosques, y esa larga e imprecisa serie de manifestaciones de su identidad—, habr3n muerto y su huella se habr3 evaporado.

ARANA Y LOS SIGNOS EXTERNOS

La relaci3n de Arana con el discurso euskaro y, en concreto, con Campi3n es compleja. Disinti3 de 3l en bastantes ocasiones, por ejemplo acerca del nombre que deb3 darse a la vieja (nueva) nacionalidad, si Euzkadi o Euskalerr3a. Tambi3n lo hizo sobre cuestiones lingüísticas, en las que Arana tend3a a descalificar a todo el que no comulgara con sus reformas dirigidas a depurar el vasceuce de toda influencia latina. En pol3tica el fundador del PNV reproch3 al euskaro sus or3genes for3neos¹⁷, adem3s de esa versatili-

¹⁶ Arturo Campi3n, «Amaya o los vascos en el siglo VIII. Estudio Cr3tico», *Bolet3n de la Comisi3n de Monumentos Hist3ricos y Art3sticos*, n3m. 41, 1921, p3g 112.

¹⁷ «Y de nuestra raza... de determinar sus l3mites f3sicos y de se3alar el camino de su felicidad pol3tica, no es el se3or Campi3n el m3s llamado a hablar y ser o3do. ¿C3mo, si el 3nico apellido suyo que conocemos no tiene por madre a nuestra lengua nacional? Ni crea el se3or Campi3n que con estudiar el euzkerea y conocerlo sea bastante para ser vasco patriota o extranjero amante de nuestro pueblo». Sabino Arana, «Apuntes», en *Obras Completas*, vol. 2., San Sebasti3n, 1980, p3g. 2082.

dad que le había llevado del liberalismo, al integrismo y la adhesión a Alfonso XIII. Por supuesto, a todo ello se suma el desacuerdo esencial sobre la independencia, dado que mientras Campión no desea romper con España, Arana sueña con una Euzkadi separada.

Como el primero, este último parte de la convicción de que los vascos están en grave peligro de desaparición. En cierta medida algunos textos suyos van incluso más allá y sugieren que, en realidad, la catástrofe ya ha tenido lugar. Así, uno de sus poemas reza: «se ha perdido nuestro nombre, todas las razas lo dicen que ya no hay más vascos» («galdu da gure ixena enda danak diñoe ez dala geyago euskaldunik»¹⁸). Con todo, y como ya he señalado, Arana pone el acento en algo notablemente diferente a la «política del recuerdo» del euskaro Campión. De hecho, en sus textos las referencias histórico-poéticas a los monumentos, las iglesias, los bosques, etc., son mucho menos abundantes de lo que sucede entre los euskaros.

Es innegable que al igual que éstos, Arana odia las ideas liberales, ateas y socialistas. Odia también al carlismo, que desvía la atención de los vascos, y a quienes desde Madrid han abolido los fueros en 1876. Pero, por encima de todo, responsabiliza directamente a los vascos de su suerte, de su muerte y el olvido:

Sólo un pueblo hay en la tierra ingrato para aquellos que a costa de su sangre le han dado el ser, desconocido para sus glorias pasadas y olvidado de todo lo más grande que hay en su historia. No sabe quiénes fueron sus padres, ni quiénes son hoy sus hijos; ignora lo que fue, y así también ignora lo que hoy es... Conserva su nombre (fenómeno incomprensible el no haberlo perdido!) y, no obstante, no tiene conciencia de su ser... no se conoce... no sabe quién es¹⁹.

Como hemos visto, también Campión se refiere a una amnesia culpable. Pero desde el punto de vista moral, y pese a algunas faltas y a la infiltración de los modos de vida foráneos, tiende a considerar que los vascos continúan siendo un pueblo lleno de virtudes. En todo caso, ni siquiera en su novela *Blancos y negros*, se mostrará tan duro como Arana con los vascos del presente. Éste, en efecto denuncia repetidamente «la extranjerización, *la decadencia moral y aún la corrupción moral actual del pueblo euskariano*». Ningún euskaro habría llegado tan lejos.

¹⁸ Sabino Arana, «Abertzale baten negarra», en *Obras completas*, vol. 2, pág. 2410.

¹⁹ Sabino Arana, «Mártires de la patria» (1897), en *Obras completas*, vol. 2, pág. 1273.

En este sentido, el fundador del nacionalismo vasco carga las tintas contra la forma de hacer política de los que despreciaba como autonomistas y regionalistas. De manera especial, se burla de su retórica romántica y su imaginería folklórica. «Mucho tamboril... mucha boina. Pero nada que merezca la pena». Está convencido de que con esa idealización de los vascos, como un pueblo antiquísimo, pastoril, hieráticamente inmóvil en sus montañas, despreocupado de la política, se corre el riesgo de enterrarlos en vida. «Se ha hecho que nuestro pueblo viva la vida del pasado, encerrado en la tumba de los recuerdos, desligado del ambiente moderno que sella la personalidad nacional y da fe de las existencias de las razas»²⁰. Frente a esa representación, Arana insiste en la radical novedad de su mensaje, que «echa por tierra todo el romanticismo de los antiguos fueristas»²¹. Así, exige que se supriman las fiestas euskaras, expresión típica de la acción cultural de aquéllos, tildándolas de «antipatrióticas» y de fomentar el roce de vascos con *maketos*. También corrige el idioma de Arrese y Beitia, los dos poetas que sistemáticamente ganaban los certámenes de poesía en vascuence organizados dentro de aquellas fiestas, señalando la poca pureza de su léxico.

Este rechazo de las fiestas euskaras, que casi puede resultar anecdótico, revela una diferencia esencial entre Arana y el discurso regionalista-euskaro. Para éste último hay que hacer propaganda de lo vasco, enseñarlo a quienes en las ciudades lo desconocen casi totalmente. Es preciso convencer a los ciudadanos de que también ellos forman parte de ese colectivo, mostrar a propios y foráneos que el vasco no es un pueblo bárbaro e inculto sino, al contrario, elevado, profundo y virtuoso. Para Arana esta propaganda resulta muy peligrosa, porque abre una vía de contacto con los foráneos y de lo que se trata precisamente es de preservar la pureza nativa. Lo esencial, en efecto, es la raza. Y esos discursos sobre los ancestros, ese amor por las costumbres, los cantos, los juegos y las danzas, pasan por alto lo más importante: que todas esas realidades son única y exclusivamente *signos externos* de algo más. Y que no basta con restaurarlos para que la grave situación del pueblo vasco se remedie. Porque podría ser que el euskera se recuperara, que las costumbres se mantuvieran, que las danzas se conservaran y que incluso todos los nacidos en el país se llamaran Koldo, Ander, Ane,

²⁰ Sabino Arana, «La conciencia de nosotros mismos» (1899), *Obras completas*, vol. 2, pág. 1703.

²¹ Sabino Arana, «Camino de la regeneración» (1899), en *Obras completas*, vol. 2, pág. 1684.

etc. Pero eso no implicaría en absoluto que se hubiese puesto remedio al problema, puesto que éste, a fin de cuentas, se cifra en la degeneración moral de la raza.

Nada importa, pues, la extinción de nuestra lengua; nada, el olvido de nuestra historia; nada, la pérdida de nuestras propias y santas instituciones y la imposición de las extrañas y liberales; nada, esta misma esclavitud política de nuestra Patria; nada, absolutamente nada, importa todo eso, en sí considerado, al lado del roce de nuestro pueblo con el español, que causa inmediata y necesariamente en nuestra raza ignorancia y extravío de inteligencia, debilidad y corrupción de corazón, apartamiento total, en una palabra, del fin de toda humana sociedad²².

Esto marcaría, a mi entender, la divergencia clave entre el discurso aranista y el euskaro. Desde luego, nada de ello impide que el fundador del nacionalismo utilice en bastantes ocasiones una retórica que recuerda la de aquél. Como Iturralde, Campión u Olóriz, Arana puede admirarse, por ejemplo, de «nuestras montañas esculpidas por Dios», la «cuna de nuestra raza», donde los habitan los últimos vascos libres²³. Puede también evocar la batalla de Arrigorriaga, como los euskaros hacían con las de Roncesvalles y Olast. Siente por supuesto debilidad por toda expresión de la raza, tal que sus «danzas honestas y decorosas hasta la perfección»²⁴. Pero, como evidencia la cita precedente, lo decisivo para él se juega en el campo de la raza, en la decadencia espiritual y física como resultado directo de la infiltración de los *maketos* españoles.

En este sentido, cuando apela a la conservación del euskera y de las costumbres nativas, cuando propone un nomenclátor *vasco* para los vascos, asociaciones, periódicos «y hasta instituciones benéficas»²⁵ *vascas*, se produce una diferencia esencial con Campión. En la mentalidad de Arana, el vascuence, los usos propios, no son más que *signos superficiales*. Podrán, desde luego, ayudar a mantener la diferencia, en la medida en que permitan a los hijos de Euzkadi saberse distintos de los *maketos* y que, en consecuencia, les lleven a rechazar el confundirse con ellos. Pero tales signos no podrán garantizar por sí mismos el futuro. De ahí que la sola pérdida

²² Sabino Arana, «Efectos de la invasión» (1897), en *Obras Completas*, vol. 2, pág. 1328.

²³ Sabino Arana, «Efectos de la invasión», pág. 1329.

²⁴ Sabino Arana, «Efectos de la invasión», pág. 1327.

²⁵ Sabino Arana, «Regeneración» (1899), en *Obras Completas*, vol. 2., pág. 1674.

de alguno o todos de estos elementos no constituya *la catástrofe* propiamente dicha. La Providencia podría muy bien proporcionar a los vascos nuevos signos que sustituyeran los antiguos. De lo que se trata es de mantener las distancias y no tanto de qué es lo que las mantiene. De ahí que, mientras que de acuerdo con la mentalidad euskara, el hecho de que un extranjero aprenda euskera y se amolde a los usos del país es algo positivo, para Arana esa posibilidad constituye algo completamente repugnante. Si los extranjeros adoptan, por ejemplo, la lengua del país, ésta ya no valdrá para hacer de barrera ni sustentar ninguna pureza.

*Asko dira euzkerea eztakijen euskotarrak. Au txarra da.
Batzuk dira, euzkerea dakijen maketuak. Au txarragua da.
Euzkerea eztakijen eun maketok kalte andia egiten dautsoe geure
Aberrijari.
Andiagua da, euzkerea dakijan maketo batek bakarrik, egiten
dautson kaltia²⁶.*

Todo esto se resume en que para Campi3n una labor de recuperaci3n de los lugares donde se localiza y agoniza lo vasco ayudaría a devolver la memoria y, por tanto, a asegurar el ser. Mientras que para Arana tales lugares son exclusivamente signos superficiales que distinguen pero no determinan la esencia, por lo que su reparaci3n quedaría condicionada al mantenimiento de aquélla por medio de una tajante segregaci3n.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE UNAX

Aparentemente la lucha entre el viejo regionalismo vasco, encarnado por los euskaros, y el nuevo nacionalismo se salda con la victoria de éste. Arturo Campi3n, que por lo menos hasta 1894 podía aparecer como el inspirador y guía de un movimiento político vasco en ciernes, será vencido por el, para entonces, casi perfecto desconocido que era Sabino Arana. Significativamente, hoy el nombre de éste es conocido en toda España, mientras que el del primero ni siquiera lo es demasiado dentro del propio País Vasco. Es verdad que en Navarra Campi3n, que siendo nueve años más viejo que

²⁶ «Son muchos los vascos que no conocen el euskera. Esto es malo. Algunos maketos lo conocen. Esto es peor. Cien maketos que no saben euskera hacen un gran mal a nuestra patria. Pero es más grande el que le hace un maketo que lo sabe». Sabino Arana, «Egutegia», en *Obras Completas*, vol. 2, pág. 1594.

Arana le sobrevive 34 años, será objeto por parte de los nacionalistas vascos locales de un reconocimiento entusiasta y que, de hecho, se le designará con el mismo título que al fundador del PNV, esto es, «el Maestro». A medio plazo esa admiración del nacionalismo vasco navarro se filtrará parcialmente al de las Vascongadas. Pero ello no desmiente el que su apuesta política pueda considerarse globalmente derrotada por el aranismo.

Precisamente Antonio Elorza diagnosticó en su magnífico *Ideologías del nacionalismo vasco* el rotundo «fracaso político» cosechado por los euskaros, ya en la década de 1880²⁷. Con todo, y aunque el nuevo nacionalismo da la puntilla a los restos del regionalismo, a la vez, buena parte de los símbolos, de la retórica, los lugares, etc., de aquél va a ser recogida por el discurso nacionalista. De hecho, a largo plazo y conforme se consolide como el principal referente ideológico de la sociedad vasca, el nacionalismo va a tener que dejar al margen la retórica de la raza y centrarse en una política de la memoria. Una política que abunda repetidamente en esa *geografía* de los lugares y los signos externos de lo vasco desarrollada por los Campión y sus compañeros euskaros. Y va a ser en esa estrategia donde, verosímelmente, resida el motivo principal del eco del mensaje nacionalista en la sociedad vasca contemporánea.

Para comprender esto hay que comenzar recordando cómo la preocupación por el futuro de los vascos, el olvido de su ser y de sus características distintivas, que hemos advertido en Campión y Arana, continuará rondando la cabeza de los autores nacionalistas durante el siglo xx. Ejemplo de ello es el siguiente párrafo de Aiztondo, cuando en 1918 se dirige así a sus lectores:

Preguntad a muchos vascos, o, mejor aún, preguntáos a vosotros mismos: ¿Cuáles son las leyes vascas? ¿Qué sabéis acerca de vuestra raza, de vuestra historia, de vuestra lengua, de vuestra música? ¿Habéis dedicado siquiera unas pocas horas a estudiar estos problemas que tan de cerca os tocan? No, seguramente; reconocedlo aunque os dé vergüenza²⁸.

Los vascos, por tanto, deben abochornarse por no conocer las manifestaciones del alma nacional. Sonrojarse por haber olvidado lo que nunca supieron. Deben, en cualquier caso, recordar. De ahí

²⁷ Antonio Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco*, San Sebastián, 1978.

²⁸ Aiztondo, *El Problema vasco: artículos publicados en «El Pueblo Vasco» de San Sebastián, los días del 26 al 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1918*, edición electrónica de la Biblioteca Koldo Mitxelena, www.gipuzkoa.net/kultur.

que, durante la Segunda República, el correligionario de Aiztondo, Ruiz de Oyaga, cifre así su misión como *abertzale*: «no descansaremos hasta llegar al corazón de todos los vascos y despertarlos del olvido de lo suyo y de su raza». Sólo así, añade, se podrá «salvar a nuestro pueblo de la ruina que lo amenaza»²⁹.

Los vascos, en definitiva, no se saben, se desconocen. Pues bien: habrá que enseñárselo. Y, naturalmente, será el nacionalismo quien ponga en marcha y dirija esa fascinante tarea³⁰.

Tal insistencia en el recuerdo termina dando su fruto. Conforme avanza el siglo, merced a la eficaz pedagogía nacionalista y pese a la censura y la represión del período franquista, son muchos los vascos que ya han logrado acordarse de cómo eran y saben qué los diferencia. Lo reconoce, con visible satisfacción, Javier de Landáburu en la década de los cincuenta. La lengua, escribe, ha vuelto a «ser estimada como motivo de preferencias nacionales», el patriota se resiste a «todo asimilación, a toda modificación de lo tradicional», «las costumbres vascas» han dejado «de ser cosas de aldeanos», «la literatura, el folklore, el arte vasco en todas sus manifestaciones» han vuelto «a ponerse de moda y en las ciudades del País, donde el adjetivo vasco era peyorativo para muchos, comenzó a sentirse con orgullo de la dignidad del término»³¹. Ya en la década de los sesenta, su correligionario Manuel de Irujo, coincide en que, pese al franquismo y a través de la propaganda nacionalista, «los vascos hemos ido recuperando el sentido de nuestra dignidad nacional [...], se ha ido acrecentado la conciencia de nuestro destino como pueblo»³².

Analizando el itinerario del nacionalismo desde Arana hasta hoy parece indudable que el papel decisivo que ha llegado a ejercer en

²⁹ Julio Ruiz de Oyaga, «Sin título», en *Amayur*, núm. 1, 1931, pág. 1.

³⁰ Cfr. las palabras de Amandaro hacia principios del xx: «Hay que enseñarles, por el contrario, nuestros cantos y nuestros bailes, nuestras costumbres, puras y sanas, que dieron vigor a la Raza. Hay que propagar nuestra lengua, el Euzkera misterioso, de origen desconocido» (Amandaro, *Sólo JEL basta: folleto de divulgación nacionalista*, edición electrónica de la Biblioteca Koldo Mitxelena, www.gipuzkoa.net/kultur). También Bernardino de Estella tiene claro el carácter pedagógico de su misión como nacionalista. Se trata, señala al comienzo de su *Historia Vasca*, de «hacer llegar a todos los vascos el conocimiento de la historia de su Patria. Los niños y los jóvenes crecen hoy en la más lamentable ignorancia de lo que ha sido la nación vasca y de los derechos a los que en justicia debe todavía aspirar» (Bernardino de Estella, *Historia Vasca*, Guecho, 1977, pág. 3).

³¹ Javier de Landáburu, «EL proceso de la vida vasca», en *Obras completas*, Bilbao, 1982, pág. 267.

³² Manuel de Irujo, «El renacimiento vasco», en *Escritos desde el Partido Nacionalista Vasco*, Bilbao, 1982, tomo 4, pág. 400.

la sociedad vasca se cifra precisamente en su protagonismo en la dirección de esa pedagogía anamnética. Eso le ha convertido, como exigía José Antonio Aguirre, en mucho más que «una organización meramente política», a saber, «una completa civilización sobre la tierra vasca»³³. Y este papel ha tenido mucho más que ver con la política del recuerdo de euskaros y regionalistas, que con la lucha de Arana en pro de la pureza racial. En este sentido, el rotundo fracaso cosechado en la consecución de ese objetivo prioritario del fundador del nacionalismo se habría visto compensado con creces con el éxito en la gestión los lugares y los signos que conforman la conciencia identitaria de la sociedad vasca. Muy en especial, el nacionalismo ha sabido implantar casi un consenso social, tanto acerca de la importancia cardinal del vascuence como seña de identidad, como de la conveniencia de euskaldunizar a la integridad de las nuevas generaciones, incluso a aquellos individuos cuyos orígenes familiares se sitúan fuera de Euskal Herria y en aquellas zonas donde la lengua había desaparecido antes del siglo XVII.

El que a la postre el nacionalismo haya progresado en virtud de una política del recuerdo de los lugares y los signos externos más parecida a Campión que a Arana no significa, ciertamente, que haya transplantado directamente la geografía imaginaria de aquél. Campión y sus compañeros euskaros podían, por ejemplo, citar a San Francisco Javier, el castillo de Olite y los fueros como referencias esenciales de la memoria vasca. Hoy todos ellos pertenecen más bien al patrimonio imaginario del navarrismo, el rival y pariente más incómodo del nacionalismo. A la vez, signos y lugares que no habían sido señalados por los euskaros o a los que a lo sumo se había dado una importancia circunstancial se han tornado mucho más recurrentes en el imaginario nacionalista.

En cualquier caso lo fundamental es que hoy los vascos, ese pueblo que se iba, han sido anclados a una completa lista de signos distintivos, de lugares visibles, concretos, *externos*, con la que se procura hacer evidentes su existencia y su diferencia. Disponen así de una icónica hecha de *lauburus*, *ikurriñas*, *arranos beltzas*, mapas en miniatura de *Euskal Herria* y hasta rosarios, para testimoniar en el cuello y en el coche su condición de vascos. Disponen también de un grupo de deportes propios, con la pelota como reina, los *aizko-laris*, las traineras y el levantamiento de piedras. Gozan de una gastronomía «nacional», surtida de *porrusaldas*, *marmitakos* y cuajadas,

³³ José Antonio Aguirre, citado en Antonio Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco*, pág. 259.

sustanciosos *txuletones* y *pintxos*, el *txakoli* y el *patxaran*. *Arrantzales*, *artzainas* y *baserritarras* (es decir, pescadores, pastores y granjeros) son celebrados como representantes de los oficios arquetípicos del etnos. Elementos tan heterogéneos como las fiestas patronales, el *bertsolarismo*, las *makilas*, los carnavales, los *mus-txapelketas* y los *aurrekus* son asumidos como expresiones de un cierto *basque way of life*. Las conversaciones en castellano se jalonan de *kaixos* y *agures*, *eskerrik askos* y *egunones*. Los niños se llaman Unax, Lierni, Beñat, Goiatz y un larguísimo etcétera de nombres que habrían tenido que ser deletreados hace treinta años. Incluso los regalos navideños se encargan a una suerte de «Papá Noel vasco», el *Olentzero*. Y mientras, paralelamente, una política nominativa euskariza cada pueblo, cada calle, cada topónimo.

Es fundamental advertir que la cuestión principal no se cifra en si cocer patata, puerro y bacalao es típicamente vasco, o si lo es el mus o el hacer *bertsos*. No es que Barakaldo deba escribirse «Baracaldo», o que quien se apellida Echegoyen no pueda escribirlo con «tx» e «i». Pasajes es un topónimo de origen romance y Mezquiriz lo es de origen vasco se escriban como se escriban. De lo que se trata es de que, merced a su transcripción conforme a una ortografía vasca, esos lugares quedan visiblemente identificados como tales. Ante la indicación: «Orozco» cabe la posibilidad de que la condición vasca del lugar pase desapercibida. Pero si se rotura «Orozko», el riesgo ha desaparecido. Y lo mismo sucede con el resto de los lugares y signos del *etnos*. Por tanto, no es que los *pintxos*, el *txakoli* o los *pelotaris* sean o no vascos, sino que su designación como marchamos de la vasquidad de un espacio geográfico y simbólico forma parte de la estrategia de una política identitaria. En otras palabras: la importancia de llamarse Unax no estriba en que sea un nombre del agrado de los progenitores, etc., sino en que ayuda a su poseedor a distinguirse como vasco ante el resto del mundo, a la vez que evidencia que los vascos *existen*. Nombre a nombre, letrado a letrado, *pintxo* a *pintxo* y *bertso* a *bertso* se dibuja así un país que hace dos siglos no salía en los mapas. Los vascos tienen ahora un hogar, poblado por una multitud de iconos. Esos iconos hacen vasco al país, ese país hace vascos a los iconos, y uno y otros hacen que los vascos puedan saberse y sentirse, cómo no, *vascos*.

Lo que hace siglo y medio parecía estar a punto de desvanecerse se ha vuelto notorio, insoslayable, conforme los testimonios vivos de la identidad se han multiplicado. Y no ha sido ni la raza, ni la religión, sino los meros *signos externos* los que han posibilitado el milagro. Lo curioso del caso es que merced a esta primacía de lo superficial sobre lo interno, lo vasco ha podido ganar para su campo

las identidades de centenares de miles de inmigrantes y descendientes de inmigrantes que habrían sido tajantemente rechazados desde la lógica aranista del ser vasco. La importancia de llamarse Unax, como el de escribir al *Olentzero*, escuchar concursos de *bertsos*, o llevar un *lauburu* de pendiente, estriba también en que por medio de tales signos y lugares uno puede sentirse y, sobre todo, ser reconocido como parte del *ethnos* sin necesidad de ningún tipo de Rh ni de expediente de limpieza de sangre.

Es verdad. Pese al éxito de esa política contra el olvido, de los lugares y los signos, hay que confesar que en la actualidad sólo una reducida minoría de los vascos vive en caseríos y sabe bailar *aurreskus*. Son pocos quienes acostumbran a tararear *zortzikos*, tocar el *txistu* o el tamboril. La mayoría, de hecho, no corta troncos, ni acude usualmente al frontón. No sabe improvisar *bertsos*, ni sabe euskara, como tampoco qué tipo de leyes se debatían junto al árbol de Gernika. En realidad, ni siquiera suele tener apellidos vascos.

Pero cuando quiere mostrar su diferencia, cuando se le pregunta qué los distingue, sabe hacia dónde señalar. Saben que tales alimentos son vascos, saben que tales profesiones son típicas entre los vascos, saben a qué juegan y cómo llaman a sus hijos, cómo saludan y cómo se despiden. Y miles de carteles les recuerda que su lengua nacional no es la que el 99 por 100 de ellos habla —aunque sí será, en cambio, la que sus hijos conozcan—.

Reclus creía que el tiempo jugaba en contra de lo vascos. Que su modo de vida pertenecía a un mundo que el progreso había condenado sin posibilidad de remisión. También Campión temió que fuera así, aunque luchó toda su vida para remediarlo. Hoy por hoy, si nos atenemos a la fortaleza del nacionalismo y de la conciencia nacional entre los habitantes de la CAV, se diría que lo vasco dista mucho de haber sido devorado por los tiempos modernos. Todo lo contrario. Pero sería posible interpretar las cosas de forma muy diferentes:

Hay una historia referida por Dolores Baleztena³⁴ que tiene a la vez algo de delicioso y de conmovedor. En su infancia, cuando alguien moría en Leiza, un pariente próximo se dirigía a las colmenas de su propiedad y decía a las abejas: «Erleak: Etxekojauna hil da: lan egin berarentzat» (Abejas: el Señor de la casa ha muerto, trabajad para él). Hoy esa anécdota nos parece extraída de un documental sobre alguna tribu perdida de África. La mentalidad que revela nos resulta tan exótica y lejana como la de un bosquimano del

³⁴ Dolores Baleztena, *Saski-naski de Leiza*, Pamplona, s. f.

Kalahari o el molinero de *El queso y los gusanos*. Ese mundo tradicional de los vascos —si es que hubo solamente uno y no varios— desapareció, como Reclus supo que sucedería. Pero sus descendientes —biológicos o simplemente imaginarios—, sin saber prácticamente nada de aquel universo, tienen a mano un catálogo de lugares y signos externos con los que saberse diferentes de sus vecinos. Aunque la diferencia que sustentan no coincida excesivamente con la de aquéllos que hablaban con las abejas y, probablemente, nunca hubieran llamado a sus hijos Unax³⁵.

³⁵ Pido perdón a todos los Unax del mundo y, en especial, a los que han sido, son y serán alumnos míos. Realmente es un nombre muy bonito y del que no tienen por qué avergonzarse (faltaría más). El haberlo escogido para titular este trabajo se debe solamente a una cuestión de eufonía. Haber optado por «La importancia de llamarse Iñaki» hubiera sido, tal vez, más acertado, pero corría el riesgo de parecer un tanto presumido.